

LA VENGANZA DE MI AMIGO

Ivo Andric ha de estar molesto porque aún no leo su novela “La Señorita”, que si no me equivoco fue la obra que lo condujo al estrado del novelato, pero yo tengo muchos nombres en la cabeza y muchos títulos retrasados como para agravarme la salud por eso.

Me lo encontré hace algunos días en Praga. Yo atravesé rápidamente la puerta del hotel y me interné en una calle casi desierta. Algunos transeúntes se paseaban delante de mí: “Hace mucho frío”. Me dio la impresión de estar de vuelta en París, en diciembre, paseándome por las calles paralelas al Sena, donde aún se respira el siglo XIX y sus luces europeas. Entonces lo descubrí, me hacía señales desde una ventana. Yo me hice el distraído y apenas si de reojo memoricé el número 16 de la casa. Cuando me pareció adecuado y posible, corrí desorbitadamente, dejando atrás a los paseantes que en un principio me precedían, y que ahora se quedaban muy pequeños en el blanco horizonte de aquellas calles nórdicas. Temía sus reproches. Nada me hace más daño que charlar con un viejo desgraciado que se sostiene en la vida sólo gracias a los halagos perfumados que traen los vientos americanos de las lejanas traducciones o de las universidades. Mi perseverancia es dañina cuando me encuentro con mis antiguos amigos escritores, con los que se limitaron a alcanzar la prosélica celebridad de algún premio o se conformaron con una agradable crítica acreditada en el famoso “Le Monde”

De regreso a mi cuarto, me apresuré a buscar en la maleta. Estaba seguro de llevar algún libro de Andric. Djamil era un nombre que aparecía repetidas veces en mi cerebro, como devuelto de un largo tiempo de silencio; era el nombre de uno de los personajes de sus cuentos o tal vez de su novela “Prokleta Avlija”. Si tal cosa era cierta, entonces también era cierto que yo ya había hojeado algunos

de sus textos, y, por consiguiente, cabía la probabilidad de que llevara alguno conmigo, dado que llevar libros en la maleta y bajo el brazo es ya un hábito integrante de mi personalidad. Había sacado ya toda mi ropa y revisando los folletos, mapas y libros, cuando tocaron levemente a la puerta. Miré el teléfono y recordé las alusivas palabras de la interprete, que, cuando firmé el registro en el libro del hotel, me dijo: “No sirve el teléfono”. Maldije a la revolución y salté por la ventana. Afortunadamente sólo me encontraba en el tercer piso. Caí sobre la nieve que, por sólo tener una pulgada de espesor, no impidió el duro golpe y la sensación escalofriante que, viniendo de los talones, termino en la columna vertebral. Temiendo encontrarme con la guardia, me escapé por un callejón infrecuentado, que durante algunas cuadras se mantiene paralelo a la avenida principal. Lamenté no estar en París; allí sabría donde refugiarme, tenía amigos.

Pensando, logré dar con una dirección. Un oscuro pintor de Belgrado vivía en Praga desde hacía veinticinco años; me lo presentó Lautreac durante una corta estancia en Marsella, por los años cincuenta. Se apedillaba Djordje, aunque tal denominativo sea corrientemente usado como nombre. Me dirigí a pie hasta su atelier. El seguramente no sabía de mi llegada, aparte de que muy posiblemente no se acordaría de mí; confiaba de todas maneras, en recordárselo charlando sobre Proust. Llegué al edificio que mi memoria señalaba, y subí los cinco pisos que me separaban de la buhardilla de Djordje. Toqué a la puerta con mis nudillos congelados por el frío. Luego de una pausa, abrió una mujer pequeña y de notorio atractivo pasado.

— ¿Está el maestro? — pregunté apresurado, frotándome las manos.

Ella me miró con cansancio. Posiblemente extrañada de que alguien preguntase por él en español o posiblemente fastidiada de recibir visitas inesperadas que llegaban a buscar calor y protección en aquel paradisíaco atelier, porque he de decir que desde la puerta me sorprendí al encontrarme con que la susodicha buhardilla no tenía nada de parecido con la que habitó Lafón o Murga durante sus años de bohemia parisina. Aquél era un sitio acogedor, tibio, con una ancha vista de la ciudad y con un aroma délfico, que parecía fugarse de algún texto inédito de Lawrence Durrell.

- Tiene visita— dijo enfática.
- ¿Quién vino? — pregunté intrigado.
- Monsieur Ivo Andric.

Las piernas me flaquearon. Miré detrás de mí las gradas humedecidas por el ambiente. Pensé en la candidez y el calor mexicano. Pensé en la vida práctica y simple que se vive en Sudamérica. Me arrepentí de haber llegado a ese lugar.

- ¿Lo anuncio? — inquirió.
- Por favor...— dije totalmente vencido.
- ¿Cuál es su nombre?
- Méndez Vides.
- Pase.

Verdaderamente era cómodo aquel at elier. Lo inclinado de las paredes le daba un cariz especial. Me quedé junto a su ventanal esperando que se me recibiese en el salón vecino, detrás del ca obico tabique adornado por un Corot y una maceta en que había sembrado un extraño helecho, que no se da más que en la zona amazónica del Brasil. Una carcajada me congeló la sangre. Se estaban riendo de m . La mujer regresó a donde yo estaba. Me miró burlesca.

- Dice que no lo conoce.

Yo sentí que la ceguera volvía en forma de cataratas a mis ojos. Yo creó por un instante que regresar a a la laberíntica noche enfermiza de mi adolescencia, dejada ya tan atrás.

- No puede recibirlo— agregó.
- Pero Toulouse...
- Je regrette beaucoup...

Sal  humillado. Antes de que ella cerrara la puerta todavía pude interpelarla.

- ¿Cómo se llama usted?
- Rajka Radakovic— dijo, y cerró violentamente la puerta.

Era “La Señorita”. La que un día murió en el número 16 de la calle Stig.

Bajé con prisa las gradas en forma de caracol y, caminando ligero, me ví de pronto en un parque repleto de niños. Me senté en un banco mojado, al lado de los juegos y, abrigándome lo mejor posible, traté de recordar en donde había dejado mi ejemplar de la novela de Andric. Seguramente nunca podría leerla. Tal vez jamás la escribió. Tal vez su gloria ha sido sólo fingida, como la amistad que durante tanto tiempo me brindó en los años de juventud, en París, en el café de Montparnasse, donde nos reuníamos a charlas sobre la pasada guerra y los últimos espectáculos teatrales y cinematográficos que producían entonces los surrealistas. Tal vez nada era cierto en mi vida ilusa de escritor famoso y conocido por todos mis contemporáneos. Qué sé yo.